

Ensayo académico
¿Educar las emociones en el aula?

Mtra. Claudia Palla



Diciembre, 2015
Montevideo, Uruguay

INDICE

Resumen.....	pág. 3
Introducción.....	pág. 4
❖ Una anécdota ilustrativa.....	pág. 4
Desarrollo.....	pág. 5
❖ ¿Existe alguna herramienta que podamos desplegar como docentes para que esa institución no sea sólo un sueño?.....	pág. 8
❖ Pero... ¿qué son las emociones?.....	pág. 9
❖ ¿Qué es la inteligencia emocional?.....	pág. 10
❖ ¿Estamos preparados para percibir y manejar las emociones de nuestros alumnos?.....	pág. 10
❖ Una explicación tan general ¿nos da la base para saber si poseemos estas habilidades?.....	pág. 11
❖ ¿Qué nos aporta la regulación de dichas habilidades?.....	pág. 13
❖ ¿Podemos hacer algo como docentes para ayudar a Ricardo y su familia? ¿Y a otros niños y sus familias?.....	pág. 15
❖ ¿Estamos “a tiempo” de educar la inteligencia emocional de Ricardo, y de otros tantos niños?.....	pág. 17
❖ ¿Puede ser el aula un lugar propicio para educar emocionalmente?	pág. 18
❖ ¿Todos los docentes estamos preparados para educar emocionalmente	pág. 21
❖ ¿Qué postura debemos adoptar como educadores emocionales?	pág. 25
Conclusiones.....	pág. 29
Referencias.....	pág. 31
Anexos.....	pág. 35

Resumen

Los seres humanos somos naturalmente emocionales, siempre lo hemos sido ya que las emociones existen en el hombre desde que dio sus primeros pasos en el descubrimiento del mundo, lo que ha permitido la sobrevivencia de la especie. De aquí, la importancia de identificarlas, percibir las, asimilarlas, comprenderlas y regularlas. Como educadores nos encontramos frente a un gran reto en este sentido. No podemos pretender reemplazar o suplir el rol de la familia, pero debemos tener en cuenta que, tal vez, muchos niños no tienen la posibilidad de recibir un acervo emocional en el hogar y llegan a la Escuela con una gran carencia al respecto.

Conocer en qué consisten las emociones, para qué sirven, si pueden educarse o no, y cómo podemos hacerlo desde nuestras aulas, son aspectos que se desarrollan en el siguiente ensayo.

Palabras clave: Emociones, educación emocional, inteligencia emocional, institución, vínculo docente-alumno.

Introducción

Como docentes, siempre estamos buscando el modo de contribuir, desde nuestro tan preciado lugar, a la sociedad, más allá de lo que respecta a lo académico.

Desde este lugar, en la búsqueda de formarnos cada vez más, solemos participar de talleres, eventos, encuentros y también seminarios, en los cuales suelen abordarse temáticas que nos movilizan.

Es así, que este tema surge y fue seleccionado a partir de un Seminario-taller coordinado por el INEED, a cargo de Pablo Fernández Berrocal, uno de los integrantes de “El Laboratorio de Emociones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Málaga”, en el cual se abordó la importancia de todo lo referente a la Inteligencia Emocional y se hizo hincapié en el cómo, cuándo, por qué y para qué de su enseñanza.

Una anécdota ilustrativa

La siguiente historia, trata de Ricardo, uno de los tantos niños con los cuales compartimos nuestras jornadas didáctico- pedagógicas.

Ricardo tiene 13 años y es un gran problema para sus padres. Además de acumular repitencias (no pasó el quinto año de escuela), su vida escolar se resume en el pasaje de una escuela a otra, en la búsqueda siempre frustrada de un nuevo espacio al que pueda adaptarse para obtener mejores resultados.

En casa es un “buen hijo”, generalmente obediente y muy cariñoso. Su problema son las actitudes impulsivas, generadoras de agresividad y estados emocionales que alternan entre el entusiasmo creciente y la más absoluta apatía. En la escuela, sus profesores concuerdan en describir su increíble falta de atención y su absoluta indisciplina, a pesar de que Ricardo es curioso y plenamente aceptado por sus compañeros. Todos lo quieren, aunque reconocen sus momentos de agresividad que, superados, permiten volver a encontrar a la persona comprensiva, bondadosa y muy solidaria que es Ricardo.

Su padre comprende las dificultades de los profesores y acepta con humildad la sugerencia de buscar otra escuela para él; sueña con hallar una que sea capaz de captar su atención y lo conduzca a una mayor concentración, enseñándole a estimarse y a dialogar con sinceridad y sentido común sobre sus problemas emocionales.

En momentos de desesperación, cuando confronta el amor al hijo con la frustración por su fracaso escolar, imagina que existe un espacio de verdadera educación, una institución que favorezca la construcción de conocimientos conceptuales de Ricardo. Imagina un educador que lo ayude a estructurar sus sentimientos, a tomar decisiones con seguridad en sí mismo sin que esto excluya la lectura y el ajuste de los posibles errores. Anhela que su hijo llegue a tener un mejor control de sus sentimientos de ira, de ansiedad, de tristeza y también el miedo y la timidez, que comprenda y acepte a los otros con su inmenso, maravilloso y diverso bagaje de comportamientos.

Ricardo por su parte, sin conocer los deseos de su padre, y por cierto de su madre, también sueña con una escuela en la que las maestras lo estimen y le enseñen a ser amigo y a desarrollar su capacidad de atención y escucha; ansía descubrir el valor de la cooperación, aprender a pensar, y aprender a aprender.

No es necesario decir más...

Ricardo y su padre van a continuar soñando...

Sólo soñando... a no ser que... (Antunes, 2007: p.13).

¿Con cuántos “Ricardos” nos hemos cruzado en esta vida? Esa escuela con la que sueñan Ricardo y su familia, ¿es una utopía?

Desarrollo

¿Existe alguna herramienta que podamos desplegar como docentes para que esa institución no sea sólo un sueño?

Consideramos las preguntas planteadas anteriormente, creemos que es primordial tener en cuenta la realidad que viven nuestros niños y las diferentes problemáticas sociales que acechan a nuestra sociedad. Es necesario replantearnos desde el rol docente cuáles son las estrategias fundamentales

que podemos desplegar y el cómo, cuándo y dónde se pueden utilizar para permitir un desarrollo pleno de nuestros alumnos.

Gilles Lipovetsky (2006) señala que las sociedades posmodernas no aspiran solamente a ser ricas económicamente, como ha sido hasta el siglo XX, ya no se desea exclusivamente el consumo material sino que apuntan hacia una nueva jerarquía de valores y nuevos modos de relacionarse tanto con objetos como con las personas, aspirando a encontrar la felicidad individual.

En un informe elaborado por UNICEF en 2007 llamado “Pobreza Infantil en Perspectiva: Un panorama del bienestar infantil en los países ricos”, se define que:

La verdadera medida del progreso de una nación es la calidad con que atiende a sus niños: su salud y protección, su seguridad material, su educación y socialización y el modo en que se sienten queridos, valorados e integrados en las familias y sociedades en las que han nacido. (p.2).

Para lograr estar en línea con esta propuesta que realiza UNICEF, debemos ser conscientes de la importancia que tiene para nuestros niños no sólo la educación académica, que debe apartarse de los enfoques tradicionales, sino que también es necesario una enseñanza que vaya más allá, que apunte al desarrollo personal de cada uno y permita que los niños se sientan queridos, valorados e integrados, tal como se propone en dicho informe.

Es sabido que a nivel mundial las transformaciones se dan cada vez más rápido y esto lleva a que se dificulte la adaptación a la realidad de las diferentes instituciones, una de ellas es la familia y esto lleva a que:

La sociedad del siglo XXI ha creado nuevas demandas y retos tanto para la Escuela como para los docentes que han cuestionado en profundidad los principios y los objetivos educativos vigentes. En nuestras escuelas ya no es suficiente conseguir un buen rendimiento del alumnado, el éxito del profesorado queda también vinculado a desarrollar personas integradas en la sociedad, con herramientas sociales y emocionales que les permitan afrontar los desafíos de la vida cotidiana” (Fernández Berrocal y Ruiz-Aranda, 2009: p.42).

De acuerdo a lo expuesto, consideramos pertinente tener en cuenta que en los últimos años la sociedad tenía como ideal de ser humano a la persona inteligente (considerando que ser inteligente era obtener un puntaje elevado en los test de inteligencia que calculan el coeficiente intelectual). Esta visión en el siglo XXI entra en crisis porque está comprobado que la inteligencia académica no alcanza para lograr el éxito personal y profesional. Es aquí donde entra en juego la inteligencia emocional.

La realidad nos demuestra que no todos los niños de nuestro país reciben en la familia esta educación y si bien estamos de acuerdo en que cada vez son más las responsabilidades que se adjudican a los maestros de las escuelas de nuestro país, creemos fundamental que se resignifique, a partir de la influencia de las neurociencias, la inclusión explícita en el currículo escolar de la enseñanza de habilidades emocionales y sociales. Con esta inclusión se le podría destinar tiempo pedagógico al desarrollo y fortalecimiento de dichas habilidades para que todos nuestros niños tengan la posibilidad de ser “educados” en el área emocional, independientemente de que alguno de ellos reciba dicha educación en el ámbito familiar. Como consecuencia, creemos, que se pueden lograr mejores resultados tanto inmediatos, por ejemplo en aspectos de convivencia dentro del aula, como a futuro, permitiéndole a nuestros niños poder desenvolverse mejor en la vida.

Pero... ¿qué son las emociones?

En los últimos siglos se ha creído que las emociones son obstáculos para el desarrollo de las personas. Filósofos y académicos, en tiempos pasados, afirmaron que las emociones impedían que el hombre pudiera ser racional. Gracias a los avances en las neurociencias, se afirma que este punto de vista es erróneo. Goleman (1995) define a las emociones como:

La raíz de la palabra emoción es *motere*, el verbo latino “mover”, además del prefijo “e”, que implica “alejarse, lo que sugiere que en toda emoción hay implícita una tendencia a actuar”. (p. 24).

Las emociones son un estado afectivo que, como seres humanos, experimentamos y nos llevan a poner en marcha recursos que están a nuestro alcance para controlar las situaciones que nos desestabilizan y de este modo poder actuar. Existen múltiples emociones. Las experimentamos cuando algo importante nos está sucediendo o somos conscientes de que puede suceder. La reacción emocional de nuestra mente y cuerpo se “preparan” para responder frente a determinada situación del mejor modo posible.

Los componentes centrales de las emociones son las reacciones fisiológicas y los pensamientos. Es necesario adquirir ciertas habilidades para manejar las emociones ya que una intensidad excesiva puede hacer que las personas las vivan como estados desagradables o les lleven a realizar conductas indeseables. (Carlos Sigvardt, 2015) (Anexo 1).

El aspecto emocional de la mente es más rápido que el aspecto racional de la misma, esto hace que se ponga en acción sin detenerse a pensar qué está haciendo, ni cómo lo está haciendo. Para lograr un balance entre la emoción y la razón, resulta necesario apelar a la Inteligencia Emocional ya que el objetivo de la misma es lograr el equilibrio.

El significado de inteligencia siempre fue asociado a lo académico, de modo que se comprendía que poseerla permitía el éxito en la escuela y en la vida.

En 1983, Gardner amplía el concepto de inteligencia diferenciando en ella ocho formas distintas: lingüístico-verbal, musical, lógico-matemática, espacial, naturalista, corporal-cenestésica, intrapersonal e interpersonal.

Las inteligencias intrapersonal e interpersonal están relacionadas con la cotidianidad del ser humano. Es de la relación entre ambas que surge el concepto de Inteligencia Emocional.

¿Qué es la inteligencia emocional?

Este concepto apareció por primera vez en 1990 en un artículo que publicaron Peter Salovey y John Mayer, pero fue recién en 1995 que Daniel Goleman, psicólogo y periodista americano, lo hizo popular al publicar su libro *Inteligencia emocional* (1995).

La inteligencia emocional es definida como una habilidad que se centra en el procesamiento de la información emocional, unificando las emociones y el razonamiento, pensando de forma más inteligente nuestra vida emocional.

Bisquerra (2008) plantea que los contenidos de educación emocional varían según a quién se le destine, pero en general, hay contenidos, que ya sea, para nuestra formación como para la de nuestros alumnos, deben estar presentes.

Es necesario el dominio conceptual de las emociones, incluyendo en este punto, los conceptos vinculados a los fenómenos afectivos, tipos de emociones y conocimiento de las características de las mismas.

La educación emocional sigue una metodología práctica que apunta a las dinámicas grupales, juegos, autorreflexión, que tienen como finalidad favorecer el desarrollo de determinadas competencias emocionales.

En este sentido, creemos pertinente mencionar que Salovey (1997) expresa que el ámbito escolar es aquel en el cual los alumnos se enfrentan cotidianamente a situaciones en las que deben recurrir a la utilización de las habilidades emocionales.

¿Estamos preparados para percibir y manejar las emociones de nuestros alumnos?

De acuerdo a las interrogantes planteadas, nos arriesgamos a afirmar que los docentes también debemos emplear nuestra Inteligencia Emocional para generar un clima áulico propicio para los aprendizajes. Consideramos que es fundamental el vínculo que se establece con nuestros alumnos para poder llevar adelante estas prácticas.

Perrenoud (2004) sostiene que debemos ser capaces de reflexionar sobre nuestras prácticas. Es claro que, cuando se produce el acto pedagógico (Meirieu, 2009), no disponemos del tiempo necesario para meditar y reflexionar de la mejor manera sobre el camino que vamos a tomar o seguir, pero esto no debe limitarnos ni ser obstáculo de la apertura docente que debemos poseer en esta sociedad tan cambiante y que últimamente tanto nos los exige. La reflexión entonces, debe ser motor constante de nuestras prácticas. Como afirma Perrenoud:

En el oficio de enseñante, la reflexión fuera del impulso de la acción no siempre es tranquila. A veces se ve presionada, constreñida entre dos tiempos fuertes, por ejemplo, cuando roba unos minutos al control de la clase, mientras que los alumnos trabajan individualmente o bien durante el recreo. Puede desarrollarse entre dos clases, durante la pausa del mediodía o al final de una jornada escolar. Entonces, a menudo conduce un problema que debe resolverse bastante rápido, por ejemplo, decidir si hay que eximir de educación física a un alumno que no se siente bien o bien confirmar la sospecha en relación con el trabajo entregado por otro alumno. La reflexión sobre lo que ha pasado o pasará en clase ocupa, de forma más o menos planificada, una parte del tiempo libre de

los enseñantes, en los atascos de circulación o mientras se duchan, pero también con ocasión de conversaciones con colegas o familiares. (Perrenoud, 2004: p.36).

En los últimos años se han desarrollado diferentes modelos para desarrollar las habilidades emocionales. El modelo de Inteligencia Emocional planteado por Mayer y Salovey (1997) considera que la Inteligencia Emocional se conceptualiza en cuatro habilidades básicas, estas son:

La habilidad para percibir, valorar y expresar emociones con exactitud, la habilidad para acceder y/o generar sentimientos que faciliten el pensamiento; la habilidad para comprender emociones y el conocimiento emocional y la habilidad para regular las emociones promoviendo un crecimiento emocional e intelectual. (Mayer y Salovey, 1997, citados por Aranda y Berrocal, 2008: p.429).

La cita anterior, nos da un encuadre general de las habilidades que desarrolla la inteligencia emocional. Al leer la referida cita, muchos de nosotros pensamos; “ah, pero entonces yo tengo inteligencia emocional”; “mis alumnos y mis seres queridos seguro tienen desarrolladas esas habilidades”; “cuando a mí me preguntan cómo estoy yo puedo decir si bien o mal, entonces yo tengo inteligencia emocional”. ¿Será así?

Una explicación tan general ¿nos da la base para saber si poseemos estas habilidades?

A continuación desarrollaremos y ejemplificaremos sobre las mismas. La **percepción emocional** consiste en la habilidad para identificar y reconocer los sentimientos propios y los de quienes nos rodean. También incluye la capacidad para expresar apropiadamente las emociones y los sentimientos percibidos en los demás, de modo tal que esa percepción sea lo más acertada. Si nos remitimos al ejemplo de Ricardo, podemos decir que esta habilidad se ve manifiesta si el docente al preguntarle si se encuentra bien, es capaz de

darse cuenta de la correspondencia entre la respuesta de Ricardo y su expresión corporal.

Muchas veces, creemos saber cómo nos sentimos, o simplemente porque nos resulta más fácil, reducimos una explicación a un “estoy bien”. Esta primera habilidad, se encuentra totalmente vinculada con las demás. Debemos tener en cuenta que al momento de educarlas en clase, puede ser la más sencilla pero resulta ser la más compleja.

La **facilitación o asimilación emocional** es la habilidad para tomar decisiones teniendo en cuenta nuestros sentimientos, sabiendo que nuestro estado anímico influirá directamente en ello. Cuántas veces nos sucede, que frente a determinadas situaciones, actuamos sin tener en cuenta nuestros verdaderos sentimientos. Como docentes, bajo el stress de la rutina, suele pasar que para tomar alguna decisión, debemos “alejarnos” de la realidad para poder comunicarnos de una manera más acertada. Estudiar para una prueba con cierta anticipación o el día antes y hasta la influencia que puede tener completar los carnets de los alumnos en clase, o al despertar un sábado. Nuestro estado anímico influye siempre en nuestras actividades, esta habilidad apunta al reconocimiento de las emociones y cómo actuamos teniendo en cuenta la influencia que tendrán.

¿Cuántas veces nos ha pasado, esto de tener en cuenta nuestras emociones y el vínculo que existe con nuestro accionar y no saber cómo actuar en determinadas instancias?

La **comprensión emocional** es la capacidad de clasificar las emociones y reconocer la conexión que existe entre éstas, incluso en situaciones interpersonales donde hay transformación de emociones, como por ejemplo del enojo a la culpa o sentir amor y odio por la misma persona. En la experiencia de Ricardo, se ve reflejado en las siguientes palabras:

En la escuela, sus profesores concuerdan en describir su increíble falta de atención y su absoluta indisciplina, a pesar de que Ricardo es curioso y plenamente aceptado por sus compañeros. Todos lo quieren, aunque reconocen sus momentos de agresividad que, superados, permiten volver a encontrar a la persona comprensiva, bondadosa y muy solidaria que es Ricardo. (Antunes, 2007: p.13).

Tenemos en cuenta que a veces caemos en el error de catalogar a nuestros alumnos, ya sea por su comportamiento o por sus actitudes. ¿Cuántas veces nos ha pasado que esos alumnos “más inquietos” suelen descontrolarse al no saber dominar sus sentimientos y emociones, frente a determinadas actividades?

La **regulación emocional** es considerada la habilidad más compleja de desarrollar en la Inteligencia Emocional ya que implica tener apertura tanto para los sentimientos positivos como negativos y así poder reflexionar sobre estos para poder moderar las emociones negativas intensificando las positivas. Incluye además la regulación personal e interpersonal, es decir la capacidad de regular las emociones propias y ajenas, poniendo en práctica estrategias que puedan modificar los sentimientos. Tal como menciona el padre de Ricardo, quien expresa:

Anhela que su hijo llegue a tener un mejor control de sus sentimientos de ira, de ansiedad, de tristeza y también el miedo y la timidez, que comprenda y acepte a los otros con su inmenso, maravilloso y diverso bagaje de comportamientos. (Antunes, 2007: p.14).

¿Qué nos aporta la regulación de dichas habilidades?

La regulación de estas cuatro habilidades apunta a promover el crecimiento emocional e intelectual. Estudios de los últimos años han demostrado que existen cuatro áreas fundamentales en las que la carencia en el desarrollo de la Inteligencia Emocional, facilita o provoca la aparición de problemas de conducta entre los estudiantes.

Por lo recientemente expuesto, afirmamos que el poseer habilidades emocionales, influye directamente en el área de **relaciones interpersonales** ya que la posesión de las mismas, nos permitirá brindarle información adecuada acerca de nuestro estado anímico y emociones a las personas que nos rodean. El buen manejo de esta nos hará más hábiles al momento de percibir y comprender las emociones propias y ajenas y así poder mejorar y fortalecer nuestras relaciones interpersonales. A su vez, el **bienestar psicológico** es otra área que poseen las personas con alta Inteligencia Emocional, permite que sean menos propensas a desarrollar determinadas patologías psicológicas y en caso de sufrirlas o de caer en ellas, los estudios demuestran que responden y se recuperan más pronto y con mejores resultados que aquellos que no la han desarrollado.

Haciendo referencia nuevamente al caso de Ricardo, en el que creemos se refleja la falta de desarrollo de habilidades emocionales, es esperable que tanto en su ejemplo como en el de aquellas personas que no las han desarrollado, se dé la **aparición de conductas disruptivas**. A la vez, presenten inadecuadas habilidades interpersonales y sociales, lo que desemboca en comportamientos antisociales o como vemos en su caso: “[...] Su problema son las actitudes impulsivas, generadoras de agresividad y estados emocionales que alternan entre el entusiasmo creciente y la más absoluta apatía [...]” (Antunes, 2007: p.13).

Las actitudes mencionadas en el párrafo anterior, dentro del ámbito escolar, tienen múltiples consecuencias, las cuales influyen en el área del **rendimiento académico**. Otra causa más de la escasez de habilidades emocionales, podría ser el aumento de la probabilidad de que, durante el curso de los estudios, los alumnos experimenten estrés y otras dificultades emocionales. El manejo de las habilidades emocionales influye directamente en el desempeño escolar.

A medida que avanzamos en la exposición de los beneficios de poseer un buen desarrollo de la Inteligencia Emocional, posiblemente se piense sobre lo útil que es desarrollar estas habilidades. ¿Cuánto más fácil sería todo si mis alumnos las desarrollaran?”, “¿podrán desarrollarlas?”, ¿no es en parte lo que pide Ricardo cuando expresa que desea encontrar una escuela en la que le enseñen a desarrollar su capacidad de atención, de escucha y de comprender el valor de la cooperación?, ¿cómo podremos lograrlo?

**¿Podemos hacer algo como docentes para ayudar a Ricardo y su familia?
¿Y a otros niños y sus familias?**

Partimos de la definición de educación expuesta por la Ley N° 18.437: Ley General de Educación (2009) la cual plantea que puede definirse como la formación por excelencia destinada a desarrollar la capacidad intelectual, moral y afectiva de las personas de acuerdo con la cultura y las normas de convivencia de la sociedad a la que pertenecen.

En pleno siglo XXI la educación y las sociedades han avanzado y han desarrollado inmenso caudal teórico-cultural que nos ayuda y nos sirve de herramienta, no solo para comprenderla en tanto que la educación **“es política y está siempre sostenida por una opción ética”** (PEIP, 2008); sino para transformarla en la medida que logremos formar sujetos críticos y reflexivos capaces de hacer uso de una ciudadanía democrática consciente y responsable. Sólo en este sentido y citando a Giroux (1990), es que entonces los maestros nos convertimos en verdaderos **“profesionales transformadores”**.

En función de lo expresado, visualizamos claramente que como docentes, podemos educar en conocimientos pero también en valores, normas y la ya mencionada “educación para la vida”. Resulta difícil concebir una verdadera educación sin que se reconozca la dimensión emocional de la

persona ya que aquello que no se puede reconocer en sí mismo no se podrá reconocer en los demás.

Por estas razones creemos que es fundamental la educación de las emociones como parte de la formación integral de los alumnos pero también de los docentes. Cabe señalar que como todo proceso de enseñanza, es inacabado y continuo.

Un informe de la UNESCO (1999), de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI, propone cuatro pilares para la organización de la educación a lo largo de toda la vida. Señala que como seres humanos debemos: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a convivir y aprender a ser. Conocidos estos cimientos, creemos que la educación emocional es un pilar fuerte.

Montessori (1921), hace casi cien años, afirmaba que la educación no se centra solamente en el cultivo del intelecto, sino que como señalamos anteriormente, pone énfasis en la educación que conduce al niño al desarrollo de una personalidad sana y en búsqueda de una sociedad mejor. (Céspedes, 2008)

Con la educación emocional y el desarrollo de habilidades y herramientas emocionales podemos brindarle una mejor contención y desarrollo a Ricardo y a los cientos de niños que se enfrentan a situaciones similares. No será la solución perfecta, puede que no la sea para todos ellos, ni será como una varita mágica que cambiará nuestras vidas y la de esos niños de un día para el otro y para siempre, sino que como toda educación, será un proceso, que se deberá transitar y que servirá para tener un mejor desempeño en determinadas áreas, lo cual dependerá, sin dudas, del proceso de aprendizaje de cada uno de nosotros como docentes y de nuestros alumnos.

¿Estamos “a tiempo” de educar la inteligencia emocional de Ricardo, y de otros tantos niños?

Cotidianamente los individuos nos enfrentamos a diversas situaciones, ya sean difíciles o inesperadas y estas nos generan numerosas emociones.

Ya hemos definido a la Inteligencia Emocional y mencionado la relevancia en aspectos sociales y personales de su desarrollo. En esta instancia, consideramos necesario abocarnos a su estrecha relación con el ámbito educativo.

Desarrollar estas competencias emocionales permite un mejor estilo de vida y de convivencia con los demás seres humanos.

La Inteligencia Emocional abarca elementos importantes para el desarrollo de los seres humanos: motivación, autoestima, autoconfianza, empatía, cooperación y otros que se continuarán desarrollando a lo largo de la vida. Como docentes, no debemos limitarnos a brindar enseñanzas vinculadas a la inteligencia racional ya que de este modo estamos desatendiendo una parte importante del ser humano, pero esto sólo es posible si el docente se concibe a sí mismo como un ser emocional. Nos arriesgamos a afirmar que, el no reconocimiento y el valor de las propias emociones obstaculizan el desarrollo de la formación integral de nuestros educandos. (Bisquerra, 2000)

Por otra parte, señalamos que la enseñanza de las emociones, depende del entrenamiento, perfeccionamiento y práctica y no de instrucciones verbales. (Bisquerra, 2000). Ante una reacción que no se ajuste a un comportamiento dentro de los parámetros de la Inteligencia Emocional, consideramos que no tiene sentido el rezongo, la amenaza o el llamado de atención verbal con nuestros educandos. Por el contrario, creemos pertinente la ejercitación y práctica de habilidades emocionales.

Por lo anteriormente dicho, consideramos que la Escuela del siglo XXI tiene la responsabilidad de educar las emociones de nuestros alumnos. Cada

institución posee su clima emocional que generalmente lo determinan los “líderes” o referentes, en el ámbito escolar, más específicamente en cada aula, los docentes somos los principales líderes emocionales de nuestros alumnos.

Autores como Cullen (2008), Céspedes (2008), y otros, afirman que la responsabilidad que tenemos en nuestras manos es muy grande.

En la siguiente cita, vemos reflejado el gran compromiso que nos interpela:

He llegado a una conclusión aterradora: yo soy el elemento decisivo en el aula. Es mi actitud personal la que crea el clima. Es mi humor diario el que determina el tiempo. Como maestro, poseo un poder tremendo: el de hacer que la vida de un niño sea miserable o feliz... puedo ser un instrumento de lesión... o de cicatrización. (Guinot, citado por Céspedes, 2008: p.139).

¿Puede ser el aula un lugar propicio para educar emocionalmente?

Más allá de la formación académica en las diferentes disciplinas, es fundamental en el mundo actual, formarnos para poder trabajar con nuestras emociones y ser conscientes de ellas.

Creemos que educar la Inteligencia Emocional, hoy en día, es una tarea necesaria en el ámbito educativo. Tanto en formación docente como en la escuela. Pensamos que es posible, que cada vez son más los niños que no reciben en su ámbito familiar formación para transitar por la vida, es por esto que las escuelas pasan a ser uno de los únicos lugares en el que pueden educarse en aspectos sociales y emocionales. En este sentido, consideramos que los docentes debemos tener una apertura o disponibilidad para afrontar aquello que “nos aleja” de nuestra zona de confort, se hace necesario concebir a los conflictos como oportunidades para introducir cambios y poder avanzar. De esta forma, podemos afirmar, en concordancia con lo que plantean Barila y Cuevas (2007) que:

Cuando pensamos la escuela como espacio para las relaciones vinculares, nos referimos a un ámbito donde se da necesariamente una trama de interrelaciones entre quienes comparten espacios, tiempos y tareas, interacciones que no se encuentran exentas de conflicto. Si la generación de conflictos es algo inherente a los grupos humanos, entonces, el bienestar en una institución no depende de la ausencia de conflictos, sino de la manera en que se los reconoce, se los afronta y se encuentran canales para su resolución. (Barila y Cuevas, 2007: p.39).

La realidad que vivenciamos en los centros educativos nos muestra que cada vez son más los comportamientos agresivos, la falta de motivación, los docentes nos sentimos desencantados, desmotivados y frustrados. El mundo actual refleja grandes carencias en este aspecto, la violencia cada vez es mayor. Esto requiere una postura de afrontar el conflicto como una posibilidad, para la transformación.

Reconocemos al aula como un espacio privilegiado en donde la palabra puede circular y ser analizada. Por ello, la tarea pedagógica debe tomar como central a la palabra: si puedo decir lo que me pasa, lo que pienso, lo que siento, lo que quiero hacer, lo que considero justo o injusto, puedo procesar de manera diferente mi malestar, mi propósito. Esto nos permite afirmar que el recurso de la palabra, es decir, la posibilidad de argumentar, discutir, formular explicaciones, resulta central a la hora de abordar los conflictos que suelen acontecer en el aula y en la escuela. (Barila y Cuevas, 2007: p.46).

A partir de lo anterior, consideramos importante señalar que la familia es la institución primaria en la que se desarrollan los niños, mencionamos que ésta institución es una de las que en la actualidad se encuentra en crisis. La escuela, que como institución también está en crisis, es considerada la institución secundaria que tiene como objetivo fomentar y acompañar el proceso de formación de nuestros niños.

En función de lo dicho, consideramos importante el aporte de Garay (1996) “[...] Individuo e instituciones están unidos por lazos de necesidad

mutua; es más; las instituciones siempre están presentes en el interior del sujeto, promoviendo y permitiendo su identificación” (1996: p.142).

Por su parte, la ley N° 18.437: Ley General de Educación, expresa que todo centro educativo: “[...] será un espacio de aprendizaje de socialización, de construcción colectiva del conocimiento, de integración y convivencia social y cívica, de respeto y promoción de los derechos humanos [...]” (N°18.437, art 41, 2009).

Frente a estos planteos, nos cuestionamos ¿cuál sería el rol de las instituciones educativas?

Lo anteriormente expuesto no significa que la escuela pueda o deba suplantar a las demás instituciones sociales que actualmente se encuentran en crisis, pero tenemos en cuenta que prácticamente todos los niños concurren a la escuela. La alfabetización emocional implica que los docentes vayamos más allá de nuestra misión tradicional y que la comunidad se involucre más con la actividad escolar.

“[...] las escuelas, los docentes, los alumnos se encuentran con concepciones de enseñanza y de aprendizaje que no alcanzan a dar respuesta a lo que acontece en el interior del aula y fuera de la misma” (Barila y Cuevas, 2007: p.38).

Poner el acento en lo educativo implica revalorizar la palabra que permite encausar las emociones y hacerse cargo de los actos. Las emociones silenciadas se vuelven contra el sujeto o aparecen en el plano de las actitudes inexplicables, los conflictos, las agresiones y la desconfianza.

Es necesario, crear nuevos espacios para el diálogo, enseñar a vivir juntos es una de las maneras de construir las defensas de la paz. Aquí la escuela ocupa un lugar irrenunciable ya que es el ámbito donde se construye lo público, espacio de convergencia de la diversidad y generadora de una cultura del vínculo. (Carlos Sigvardt, 2015) (Anexo 1).

¿Todos los docentes estamos preparados para educar emocionalmente?

Afirmamos que es necesario que los docentes poseamos habilidades emocionales para que nuestros alumnos aprendan y puedan desarrollarlas. Los educandos pasan en las aulas gran parte de su infancia y adolescencia, etapa en la que se desarrollan emocionalmente y por este motivo las instituciones educativas son consideradas un espacio privilegiado para el desarrollo social y emocional. Los docentes nos convertimos, queramos o no, en agentes activos de desarrollo afectivo y es por esto que debemos hacer un uso consciente de las habilidades emocionales en nuestro trabajo. (Extremera y Berrocal, 2002).

Representamos un modelo adulto a seguir para nuestros alumnos, siendo la figura que posee el conocimiento y a su vez, la forma correcta de ver y actuar frente a la vida.

Tenemos claro que no podemos dar lo que no tenemos, ni transmitir lo que no hemos incorporado, por lo tanto, nos atrevemos a afirmar que los docentes inteligentes emocionalmente son los únicos capaces de ayudar a sus alumnos a desarrollar adecuadamente sus propias habilidades emocionales.

De acuerdo con el planteo de Freire (1993) acerca de las cualidades que debe tener quién pretende enseñar, coincidimos en que la actitud que tenemos al momento de enfrentar la clase, de planificar nuestras jornadas, de disponernos a nuestros alumnos, va a ser totalmente condicionante en los procesos de enseñanza y de aprendizaje de estos.

En la cuarta carta de *Cartas a quien pretende enseñar*, Paulo Freire trata sobre las cualidades indispensables, necesarias que todos los educadores debemos poseer en nuestra práctica. La primera cualidad que menciona, es la humildad, expresa que una cualidad imprescindible si queremos alcanzar el sueño democrático, es más que nada saber escuchar y ser consciente de que nadie es dueño de la verdad, todos conocemos una parte de la realidad.

Por otra parte, adoptar una actitud de humildad es reconocernos a nosotros mismos y a los demás como personas. Agrega que la amorosidad con la que nos relacionamos con nuestros alumnos tiene que ver con la pasión que tenemos por educar, que es lo que le da sentido y sobre todo valor para afrontar las dificultades que se presentan en la cotidianidad y que de cierto modo interfieren en nuestra práctica docente.

De la humildad y el amor, se desprende otra cualidad que es la valentía, es necesario que como docentes poseamos la fuerza de voluntad que nos impulse a ayudar a nuestros niños, que demuestre que podemos defendernos y dominar nuestros miedos.

Apunta a la necesidad de tener una conciencia que nos permita asumir nuestros errores y afrontar las consecuencias de nuestros actos. Por otra parte, y no menos importante, señala que la tolerancia es otra de las cualidades que tenemos que tener para fomentar el clima democrático.

Es nuestra responsabilidad que haya tolerancia en nuestras aulas. Ser tolerante no significa dejar que nos desvaloricen, avergüencen o nos humillen, sino de poner límites y hacer que se respeten, así como tampoco debemos dar permiso a las injusticias.

Debemos poseer la virtud de vivir la tensión entre paciencia y la impaciencia, él lo llama “parsimonia verbal”, es decir que como docentes debemos lograr el control de nuestras emociones e impulsos, actuando de una manera tranquila y segura.

En la misma línea, Cullen (2008), señala sobre el cuidado de sí y la necesidad de aumentar nuestra potencia de actuar y no creer solamente en el efecto de las acciones externas que se puedan dar. El autor plantea que:

Es necesario sabernos agentes y aumentar nuestra potencia de actuar, precisamente para no caer en aquello de “a esto no lo cambia nadie”, y entonces perdemos la posibilidad de

sabernos sujetos históricos, o como lo expresa G. Agamben, en la línea de Foucault, perdemos toda capacidad de tener experiencia. (Cullen, 2008: p.6).

Es fundamental la actitud con la que nos posicionemos ya sea como educadores o como institución. Las diferencias están, pero nosotros como docentes estamos posicionados en un lugar privilegiado, habilitador o no de cambios.

De acuerdo con el planteo de Meirieu (2007), el docente cumple un importante papel a la hora de la determinación del fracaso escolar del niño, ya que es este quien debe introducir ese deseo por el aprendizaje.

A menudo los alumnos con dificultades son aquellos que nunca se han sentido orgullosos. Se dice que un alumno fracasa porque no está motivado. Y yo pienso que es al revés, que los alumnos no están motivados porque fracasan. Porque cuando un alumno está orgulloso de lo que ha hecho, cuando se ha conseguido que haga alguna cosa de lo que puede estar orgulloso, entonces se siente motivado. La humillación desmotiva, mientras que el orgullo motiva. Si somos capaces de hacer que los alumnos se sientan orgullosos, estarán motivados. (Meirieu, 2007: p. 47).

Por su parte, las investigaciones neurológicas afirman que todo aquello que se aprende con emoción queda grabado para siempre en el cerebro. Por lo cual es esencial que todos nosotros, como docentes, seamos conscientes de esta realidad, de que debemos fomentar, utilizando todos los recursos que poseemos, que nuestros alumnos sientan ganas de aprender y se interesen por ello.

¿A cuántos de nosotros nos ha pasado que nos ha gustado más o menos una disciplina por el docente que nos lo enseñó? ¿Cuántas veces hemos escuchado a familiares, amigos, conocidos decir “yo odiaba tal o cual cosa hasta que mi maestra de “x” clase me lo enseñó”? Esto no pasa solamente por las cualidades técnicas y conocimientos de los docentes, de los recursos y

técnicas que cada uno utilice, sino también del vínculo que se genera entre ese docente y ese alumno y de lo que nos trasmite. Es oportuno citar a Martinis, quien expresa que:

[...] un Maestro (así con mayúscula, llámese maestro, profesor, educador, adulto) es aquel capaz de dejar una huella. Esta huella tiene que ver con transmitir algo, a la vez que se establece un vínculo. La posibilidad de dejar una huella tiene que ver con eso que se transmite pero sobre todo con el vínculo que se establece. (Martinis, 2006: p.6).

Para poder garantizar el derecho a la educación, debemos concebir a todos los individuos como poseedores de igualdad de inteligencias.

Resulta indispensable tener en cuenta el planteo de Frigerio (2005) en el que expone que los docentes debemos partir de la igualdad de las inteligencias. La educación debe proveer una vida digna, sin renunciar a que los contextos de origen de los individuos subsistan, debe ofrecer igualdad de posibilidades para todos y además debemos ser “maestros emancipadores” para lograr un mundo más justo.

Retomamos aquí el ejemplo de Ricardo, ¿cómo es posible que su vida escolar se resuma en el pasaje de una escuela a otra en la búsqueda frustrada de encontrar un espacio al que pueda adaptarse para obtener mejores resultados?

Es frecuente que los alumnos que poseen ciertas dificultades para desenvolverse dentro del aula, no suelen sentirse orgullosos de sus acciones y tienden a sentir fracaso por esto, lo que los desmotiva y genera sentimientos no agradables en ellos.

Como plantea Meirieu (2007), debemos hacer lo posible para que nuestros alumnos se sientan orgullosos de ellos mismos y de este modo estarán motivados, lo que desembocará en la obtención de beneficios en otros aspectos de cada educando y también del educador.

Esto lleva a que nos cuestionemos ¿qué debemos hacer los docentes?; ¿de dónde podemos partir?; ¿todos podrán aprender por igual a pesar de las diferencias sociales que tienen?

¿Qué postura debemos adoptar como educadores emocionales?

Consideramos que como docentes, debemos ser capaces de “vernos a nosotros mismos”, reflexionar en forma permanente y considerarnos eternos aprendices. Al respecto, Charlot (2005) expresa:

Aprender no es solo adquirir saberes, en el sentido escolar e intelectual del término, de los enunciados. Es también apropiarse de prácticas y de formas de relacionamiento y enfrentarse con la cuestión del sentido de la vida, del mundo, de sí mismo. La relación con el aprender es más amplia que la relación con el saber (en el sentido escolar del término) y de toda relación con el aprender, es también una relación con el mundo, con los otros y consigo mismo. En este campo del aprender, pueden existir situaciones de concurrencia (por ejemplo, entre aprender en la escuela y aprender en la vida), provocadas principalmente por la posición social y cultural en la que se nace. (Charlot, 2005: p.57-58).

Creemos de suma importancia considerar lo expuesto anteriormente, la apertura desde nuestro rol, muestra la “otra cara” de la realidad a la que nos enfrentamos día a día ya que nuestro papel de educadores cumple un papel fundamental en lo que respecta a la autoconstrucción del alumno.

El conocido “efecto expectativa” planteado por Meirieu (1998), que afirma que si poseemos una baja expectativa sobre el aprendizaje de nuestros alumnos, entonces ellos harán lo posible para actuar como nosotros esperamos que lo hagan. Entonces, continuamos afirmando que nuestro rol es en gran parte determinante para nuestros alumnos, cada vez más debemos saber qué características deben poseer los docentes del siglo XXI, aquellos

que apuntan a una educación integral, en la que sus emociones y la de sus alumnos no sean despojadas de las aulas.

La Educación Emocional implica un mandato ampliado para la escuela, penetrando en el lugar de las familias con fallas en la socialización de sus hijos. Esta temeraria tarea exige dos grandes cambios: que los docentes vayan más allá de su misión tradicional y que las comunidades interactúen más con las escuelas. (Antunes, 2007: p.51).

El decir “que los docentes vayan más allá de su misión tradicional”, implica, como planteamos anteriormente, un cambio en nuestra postura, una gran apertura, pero también un tema de actitud.

Sabemos que actualmente, en formación docente, no hemos logrado tener una formación que nos “prepare” para enfrentarnos a la realidad que nos tocará vivir. De hecho, nunca sabremos de antemano la realidad de nuestros niños ya que cada vida es un “mundo”. Lo que si podemos hacer, en vez de cruzarnos de brazos y esperar a que nos formen, en este caso en Educación Emocional, es buscar herramientas para poder fomentar el desarrollo de esta Inteligencia en nuestros alumnos, y a su vez, continuar desarrollándola nosotros en este aprendizaje de ida y vuelta, continuo que tanto nos forma y nos aporta.

Antunes (2007), cuenta que en experiencias realizadas en escuelas privadas de San Pablo, en la espera de la creación de una nueva disciplina, los docentes han sumado la enseñanza referida a educación emocional a otras materias ya enseñadas en otras disciplinas. Plantea, a su vez, que es necesario que el docente posea determinadas cualidades. La primera apunta a la mentalidad abierta a la que tanto hemos hecho mención. Si pretendemos ser docentes de esa escuela que piden Ricardo y sus padres, que parece ser utópica, debemos ser personas que aceptemos las demandas que se nos plantean. A su vez, debemos tener desarrollada la habilidad de vincularnos con

otras personas, orientándolas en la búsqueda de soluciones a sus ansiedades pero también a sus problemas.

La actitud que mencionábamos, en párrafos anteriores, de no estar de brazos cruzados esperando, es otra de las cualidades que debe poseer un docente que pretenda educar emocionalmente, siempre estar dispuestos a aprender a aprender. La actitud crítica e investigadora es fundamental, teniendo en cuenta que crítica en esta oportunidad apunta a ser un adulto que sepa aceptarlas de modo constructivo para crecer tanto como profesional, como persona y que a su vez sea incapaz de guardarse sus eventuales éxitos personales y los comparta con el resto del cuerpo docente para construir juntos.

A las habilidades planteadas, podemos sumar el planteo de Céspedes (2008), quien afirma que los docentes que pretendemos educar emocionalmente, debemos poseer un sólido conocimiento de las características neurobiológicas y psicológicas de nuestros alumnos. Debemos ser conscientes de nuestro papel en el clima áulico pero también en la biografía escolar, es decir, en qué tanto influye la nuestra, en la de nuestros alumnos.

Como parte de la realidad de la sociedad actual, y como docentes que pretendemos ser parte activa de los cambios, debemos plantearnos si seremos capaces de aceptar el desafío de ir más allá de lo estrictamente curricular y darnos lugar para ir incorporando de a poco y considerando la reacción de nuestros alumnos de actividades que tiendan al desarrollo de habilidades relacionadas con lo emocional. Nos enfrentamos al desafío y a la interrogante de si podremos ayudar a Ricardo y su familia como nuestro representante de tantos otros niños y sus familias. Creemos, sin duda alguna, que como docentes tenemos la capacidad y la posibilidad de hacer algo por ellos.

A través del fomento y desarrollo de la inteligencia emocional podremos brindarle un posible camino para que Ricardo y sus padres encuentren esa

escuela ideal donde su hijo pueda desarrollarse y tener éxito, no solamente en lo académico sino también en las relaciones con los demás y todo lo que nos contaron al principio. Seguramente, tanto para Ricardo, como para sus padres y sus docentes, no será fácil, costará, y no será una fórmula mágica, pero sin duda será totalmente gratificante poder observar los resultados que lograremos con ello.

Tengamos en cuenta, que el desarrollo de las habilidades emocionales, no sólo servirá para ayudar a Ricardo y a otros niños, sino que también nos ayudará a nosotros como docentes a adquirir habilidades de afrontamiento. De este modo, si somos emocionalmente inteligentes, es decir, si desarrollamos la capacidad de percibir, comprender y regular las emociones propias y la de los demás, tendremos los recursos necesarios para afrontar mejor los eventos estresantes de tipo laboral y manejar más adecuadamente las respuestas emocionales negativas que frecuentemente surgen en las interacciones que mantenemos con nuestros compañeros de trabajo, padres y nuestros propios alumnos.

Continuar eligiendo ser docente en el siglo XXI, es sin duda, una tarea más difícil de lo que la sociedad suele admitir. Es un reto tanto para la sociedad como para nuestro sistema educativo, la extensión de los programas de educación emocional en formación docente y en las escuelas. Afirmamos que es necesario que esto se dé para que no caiga en un proceso de cambio que pueda resultar utópico. Para poder resolver las paradojas de nuestra sociedad, necesitamos una escuela saludable, competente y feliz, y esto es una misión imposible si los docentes no somos emocionalmente inteligentes.

Como docentes, aceptamos y tomamos este reto como una tarea constante de aprendizaje, tanto para nosotros como para nuestros alumnos, lo cual nos será útil a la hora de relacionarnos en el aula pero también cuando terminen nuestras jornadas y regresemos con nuestras familias y amigos.

Para aprender el arte de la paz, el niño necesita por lo tanto de educadores que sepan instalarlo en la emoción que incluye legítimamente al otro, y ese conocimiento del educador se funda en el respeto, en la libertad y en la justicia. (Céspedes, 2008: p.213).

Conclusiones

La finalidad de este ensayo, ha sido sensibilizar a los docentes sobre la importancia de la educación emocional en el aula.

Lo expuesto a lo largo del mismo, apoya e incentiva a la búsqueda de herramientas que apunten al desarrollo de las habilidades emocionales en el aula. Una tarea aún pendiente en nuestro sistema educativo. Si aspiramos a formar individuos preparados para el mundo en el que vivimos, resulta indispensable educar a nuestros alumnos en el plano afectivo y emocional.

En cuanto a lo manifestado anteriormente, en la educación actual podemos decir que ya no podemos enseñar como nos han enseñado, por lo cual los nuevos paradigmas exigen contener emocionalmente a los alumnos para luego enseñarles.

Es claro que la inteligencia emocional incide directamente en el éxito de las personas y por este motivo, una de las paradojas de las sociedades llamadas “hipermodernas”, es que pretende que la escuela pueda resolver todos los males que acechan a la sociedad. Debemos tener claro que solo mediante la educación emocional en las instituciones, no podremos resolverlo todo y se tendrán que dar otros cambios radicales que apunten al mejoramiento, pero, no tenemos dudas de que la formación en esta área generará una sociedad distinta que logre estimular a la gran mayoría de los futuros ciudadanos con más Inteligencia Emocional.

Por último, tengamos en cuenta que nos encontramos en un momento de grandes y fuertes debates sobre los cambios educativos, con la gran mayoría

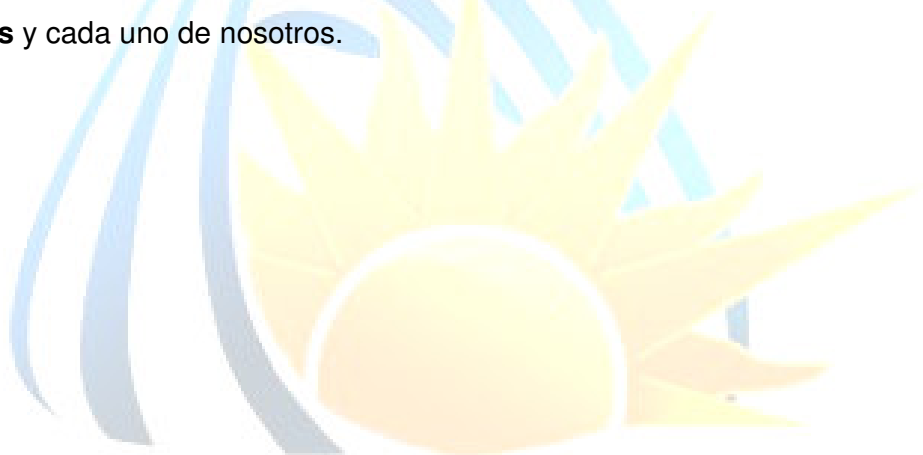
de las instituciones en crisis, y debemos aprovechar esta ocasión para reflexionar sobre la inclusión de forma explícita, en los programas escolares, la educación de habilidades emocionales ya que los docentes de este nuevo siglo, como menciona Pablo Fernández Berrocal (2015) tendremos que ser capaces de enseñar la matemática del corazón y la gramática de las relaciones sociales.

Si como docentes y como parte de una institución asumimos este reto, estaremos contribuyendo desde nuestro tan preciado lugar a la cultura de paz que lleva a que nuestro corazón no sufra más de lo necesario.

“[...] Ricardo y su padre van a continuar soñando...

Sólo soñando... a no ser que... (Antunes, 2007: p.13)”.

Tomemos conciencia y responsabilidad de que el cambio depende de **todos** y cada uno de nosotros.



Referencias

- ANEP-CEIP. (2008). *Programa de Educación Inicial y Primaria*. Montevideo: Rosgal. S.A.
- Antunes, C. (2007), *Educación en las emociones*. Buenos Aires: SB.
- Barila y Cuevas (2007). El docente y las situaciones conflictivas en una escuela nocturna de nivel medio. *Praxis Educativa*, (18), pp. 38-47.
- Bisquerra, R.; Punset. E; Mora. F.; García Navarro. E.; López- Cassá, E.; Pérez-González. J.; Lantieri, L.; Nambiar, M.; Aguilera. P.; Segovia; y Planells; O. (2012). *¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia*. Barcelona: Espluegues de Liobregat. Hospital Sant Joan de Déu. Recuperado de: <http://faros.hsjdbcn.org/adjuntos/2232.1-Faros%206%20Cast.pdf>
- Céspedes, A. (2008), *Educación en las emociones. Educación para la vida*. Santiago-Chile: Ediciones B Chile S.A.
- Charlot, B. (2008). *La relación con el saber, formación de maestros y profesores, educación y globalización. Cuestiones para la educación de hoy*. Uruguay: Trilce.
- Cullen, C. (2014). Los desafíos actuales para la Justicia Social. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=m7Zc-nEwvfU>

Fernández-Berrocal, P. y Extremera, N. (2002). La Inteligencia emocional como una habilidad esencial en la escuela. *Revista Iberoamericana de Educación*, (29), pp. 1-6. Recuperado de: http://emotional.intelligence.uma.es/documentos/PDF8habilidad_esencial_en_la_escuela.pdf

Fernández-Berrocal, P. y Extremera, N. La importancia de desarrollar la inteligencia emocional en el profesorado. *Revista Iberoamericana de educación*, pp. 1-10. Recuperado de: <http://www.rieoei.org/deloslectores/759Extremera.PDF>

Fernández- Berrocal, P. y Extremera, N. (2005). La Inteligencia emocional y la educación de las emociones desde el Modelo de Mayer y Salovey. *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, 19(3), pág. 63-93
Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27411927005>

Fernández-Berrocal, P. y Ruiz, D. (2008). La Inteligencia emocional en la Educación. *Revista electrónica de investigación psicoeducativa N°15*, volumen 6 (2), pp. 421-436. Recuperado de: <http://www.investigacion-psicopedagogica.org/revista/new/ContadorArticulo.php?256>

Fernández-Berrocal, P. y Ruiz, D. (2009). Docentes emocionalmente inteligentes. *Revista electrónica de investigación psicoeducativa n° 13*, volumen 1, pp. 41-49
Recuperado de: <http://www.caib.es/sacmicrofront/archivopub.do?ctrl=MCRST151ZI113763&id=113763>

Freire, P. (1993). *Cartas a quien pretende enseñar*. Argentina S.A, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Frigerio, G. (2005). "Las inteligencias son iguales. Ensayo sobre los usos y efectos de la noción de inteligencia en la educación". *Revista Interamericana de Educación*, 49, pp. 19-57.

Garay, L. (1998). *Análisis institucional de la educación y sus organizaciones*. Escuela de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Córdoba.

Giroux, Henry. (1990) *Los profesores como intelectuales*. Barcelona: Paidós, pp. 171-178.

Goleman, D. (1995), *La inteligencia emocional* (3° reimpresión). Buenos Aires: Ediciones B Argentina.

Ley N° 18.437: Ley General de Educación. Recuperado de: <http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=18437&Anchor=>

Martinis, P. (2006). *Pensar la escuela más allá del contexto*. Recuperado de: <http://www.inau.gub.uy/biblioteca/martinispensar.pdf>

Mayer, J.D. y Salovey, P. (1997). What is emotional intelligence? En: Salovey, P. y D. Sluyter (Eds). *Emotional Development and Emotional Intelligence: Implications for Educators* (pp. 3-31). New York: Basic Books.

Meirieu, P. (2006). *Carta a un joven profesor, por qué enseñar hoy*. Barcelona: Graó.

Meirieu, P. (1998) *Frankenstein Educador*. Barcelona: Laertes S.A.

Perrenoud, P. (2004). *Desarrollar la Práctica reflexiva en el oficio de enseñar*. Barcelona: Graó.



ANEXOS

APUNTES DE SU CONFERENCIA PROPORCIONADOS VIA E-MAIL POR CARLOS SIGVARDT

El paradigma humanista considera a los alumnos como seres individuales, únicos, diversos, con iniciativas, necesidades personales de creer, posibilidades para desarrollar habilidades y solucionar problemas creativamente. Debemos comprender que los alumnos/as, no son seres que sólo participan cognitivamente, sino personas que poseen afectos, intereses y valores particulares por lo que se los debe considerar en su totalidad.

Los componentes centrales de las emociones son las reacciones fisiológicas y los pensamientos. Es necesario que manejemos habilidades para controlar las emociones ya que una intensidad excesiva puede hacer que las personas las vivan como estados desagradables o les lleven a realizar conductas indeseables.

La palabra “**violencia**” tiene su raíz etimológica en el latín “vis”, que significa “fuerza”, lo cual se corresponde con los verbos violentar, violar, forzar. Por lo tanto, podemos expresar sobre violencia que significa “vencer la resistencia de la otra persona, sin ninguna forma de cooperación o autorización tácita o explícita del implicado, e incluso con al menos un mínimo de rechazo”; o también como “aquello que está fuera de su natural estado”.

Adoptamos en este marco los conceptos vertidos por Meirieu. Él propone cuatro series de observaciones. La primera es la asociación entre violencia social y violencia escolar. En una segunda serie que es más bien general, evoca la posición que puede adoptar la escuela frente a esta violencia.

La tercera serie trata de una pedagogía para metabolizar la violencia; una palabra de la biología, es decir, el metabolismo como transformación positiva de la violencia en algo que no sea violencia destructiva.

En cuanto a la disminución de los hechos violentos dentro de las escuelas, el mismo autor señala 5 observaciones:

El primer terreno es la denominada relación con el saber: en esta investigación el autor concluye que había una disminución de violencia en las clases donde la relación con el saber era una cuestión más doméstica. En segundo lugar, plantea que había disminución de violencia cuando de una manera más sistemática se recurría al trámite instrumental. Tercero: existe una disminución significativa cuando se realizan actividades de búsqueda documentaria. En cuarto lugar, observa una disminución muy significativa de la violencia, proporcional a las actividades de carácter artístico. En quinto lugar, se observó una disminución significativa de la violencia mientras hubiera proyectos culturales en la escuela, o sea que se trataba de que el chico pusiera toda su energía en otro tipo de saberes dentro de la institución.

Hay disminución de tensión y de violencia cuando el maestro tiene una relación no dogmática con el saber, es decir que el maestro también está en una postura de búsqueda. Esto se mide por la capacidad del docente para estar, dentro de la capacidad de su saber, no en situación de reproducción sino de Reinención. Es decir donde la relación con el saber puede ser de carácter heurístico, de investigación, o sea que el docente se implica en una búsqueda sobre el saber y la forma de transmitirlo.

Al contrario, cuando se transmite un modelo para tomar o para dejar, se crea una tensión muy fuerte entre los que toman y los que dejan, y eso puede dar lugar a la violencia y a la negatividad. Existe una correlación significativa

entre la naturaleza de la relación con el saber que tiene el maestro y la serenidad de la clase.

La formación integral humanizada requiere de un análisis especial en lo concerniente a la formación de los valores, donde juegan un papel muy importante los métodos participativos de enseñanza y el desarrollo de habilidades sociales.

Las habilidades que son necesarias desarrollar en la escuela deben servir para prevenir la violencia y favorecer una convivencia armónica. Se pueden definir como las aptitudes necesarias para enfrentar de una manera positiva y eficaz los desafíos de la vida diaria.

La comunicación humana es primordial a la hora de hablar de convivencia. Paul Watzlawick expresa “toda conducta es comunicación”, es decir muchos modos de conducta un conjunto fluido y multifacético de muchos modos de conducta: verbal, tonal, postural, contextual, etc. todos los cuales limitan el significado de los otros. Los diversos elementos de este conjunto, expresa el autor, son susceptibles de permutaciones muy variadas y complejas. No hay no conducta, es decir por mucho que uno lo intente no puede dejar de comunicar. Toda comunicación implica un compromiso, es decir que una comunicación también impone conducta.

Dice Paulo Freire “**Quien piensa acertadamente, enseña a pensar acertadamente**” siguiendo esta lógica de pensamiento y apostando a la construcción y deconstrucción de ideas que los docentes acarreamos desde el viejo paradigma, de pondrá en tensión constructos que estimulan la conducta diaria de las relaciones con los alumnos y pares.

Ideas y pensamientos constituyen el motor de la acción, poner en tensión viejos constructos que se han ido perfilando a lo largo de la historia institucional es fundamental a fin de pensar en nuevas formas de abordaje de la convivencia escolar. Es necesario entonces un pensamiento enfocado en actitudes positivas que lleven al colectivo docente a generar nuevas propuestas para la solución de las situaciones planteadas. Por consiguiente se busca favorecer y estimular el cambio de actitud a través de la internalización de conductas que lleven a vivenciar estados afectivos favorables y gratificantes expresados en interacciones simples y sencillas, movilizando así, nuevas estructuras de pensamientos.



Crespo, 2 de diciembre 2015

He leído con atención el ensayo académico de la alumna Claudia Palla, celebro que se haya abordado esta temática ya que en nuestro país a través de la Fundación Educación Emocional estamos promoviendo la Ley de Educación Emocional.

La Educación Emocional es una estrategia de promoción de la salud que tiene por objetivo mejorar la calidad de vida de las personas a partir del desarrollo de habilidades emocionales.

Por lo expuesto es de vital importancia que se dé a conocer la propuesta para una mejora de la educación, en cuanto al bienestar general promoviendo climas institucionales propicios para la enseñanza aprendizaje.

En cuanto al ensayo académico en cuestión se advierte el manejo de la temática, la preocupación por establecer mejoras en el sistema educativo, las fuentes bibliográficas consultadas son las apropiadas. También destaco el

trabajo de campo como el de haber puesto en consideración el trabajo presentado a quien suscribe.

Solo me queda felicitar y alentar a Claudia a continuar con estos ideales para difundirlos en el ámbito educativo.

Prof. Carlos A. Sigvardt

DNI: 16466517

Supervisor Escolar

Capacitador en Educación Emocional



+549 264 155-060562 | +54 0264 4-233666
Alto del Bono Shopping - Ignacio de la Roza 2100 (o) - 1er Piso - Of.71 - San Juan - Argentina
educacionemocional@hotmail.com
www.fundacioneducacionemocional.org
facebook.com/fundacioneducacionemocional | @Eduemocional | @LucasJMalaisi